

CARMEN BRETONES
LA MEMORIA
COMPARTIDA



algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2023

© Carmen Bretones, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-847-4

Depósito legal: SE. 599-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi padre, Pepe, y a mi madre, Carmen
que me inculcaron el amor por la tinta y el papel,
por la lectura y los libros.*

TRAS RECOGER LA MALETA DEL CARRUSEL DE SALIDA Gloria abandonó la terminal para dirigirse directamente a la zona de taquillas. Lo hizo sin vacilar. Sin comprobar las indicaciones que pendían del techo. Sin confundir el camino, ni tener que preguntar. Gloria conocía aquel aeropuerto al detalle. No en vano lo había transitado muchas veces y, si bien era cierto que hacía mucho tiempo que no volaba, una vez en tierra, no tuvo ninguna duda de cómo y por dónde debía moverse.

Esperó la cola pacientemente, como hacía todo el mundo en aquel país, viniera de donde viniese.

—Un billete para Exeter —pidió—. He de hacer trasbordo, ¿verdad? —preguntó después en un correcto inglés a la chica con rasgos asiáticos que se encontraba al otro lado de la ventanilla.

La joven, sin apenas mirarla, tecleó algo en su ordenador y, sin mucho entusiasmo, le largó un tique mientras le informaba:

—Sí, en Reading. Andén 5.

—¿A qué hora sale el tren? —preguntó Gloria.

—Compruebe los paneles —le respondió la cajera de mala gana mientras dirigía ya su atención al siguiente cliente.

Gloria recordó en ese momento que aquella red de trenes desde Gatwick no tenía horario fijo y que era imprescindible estar atento a las pantallas que indicaban las salidas de las distintas líneas, pues los avisos daban poco margen de error al viajero.

Decidió entonces bajar las escaleras que conducen a los andenes y aguardar allí el tiempo que fuera necesario. Al llegar, comprobó que la estación de Reading no se encontraba entre la veintena de paradas que acometería el siguiente tren anunciado. Se sentó tranquilamente en uno de los bancos, sacó de su bolsillo la chocolatina que había comprado en el avión y comenzó a mordisquearla con gusto, y hasta con cierta ansia. Y es que cada vez que Gloria aterrizaba en aquel país, como por arte de magia, cambiaba de forma inmediata sus gustos y hábitos alimentarios. Si en España nunca comía chocolate, ni patatas fritas o bocadillos, era poner un pie en Inglaterra y empezaba a devorar Cadburys y Mars, a tomar Pringles y Walkers casi todos los días a media mañana y a disfrutar como nadie de los sándwiches de atún, mahonesa y berros.

El tren emprendió la marcha y de forma casi instantánea los paneles de las pantallas que colgaban de las paredes comenzaron a sustituir los nombres de unas ciudades por otras. Esta vez sí que aparecía la parada de su lugar de destino y sin perder un minuto se levantó del banco, tiró el envoltorio de la chocolatina en una papelerera cercana y se preparó para subir al próximo tren que ocupara la vía. No tardó ni cinco minutos. Una vez dentro, acomodó su maleta y se sentó en uno de los asientos situados junto a la ventana para poder contemplar el paisaje. Tras arrancar Gloria volvió a recordar aquellos paisajes color esmeralda que tanto le gustaban, aquellas casitas de piedra diseminadas a lo largo de los vastos campos, luminosos, interminables.

Respiró profundamente al tiempo que advertía cómo un inesperado estado de placidez comenzaba a invadirle el cuerpo. Después de las últimas semanas de estrés, de nervios, de desencuentros y peleas le parecía increíble que ahora pudiera encontrarse al fin lejos de todo, sola y relajada. El sonido de la presión de una lata al abrirse la apartó, por un momento, de su abstracción. Era de un pasajero contiguo, un joven grandote y rubio que comenzó a sorber una cerveza con fruición. No podía negar que estaba donde estaba. En ese instante, y de forma súbita, le entraron unas tremendas ganas de beberse una pinta rubia, no muy fría, en algún pintoresco *pub* como los que, a buen seguro, pronto recorrería en la ciudad de destino.

Al fondo del estrecho pasillo Gloria advirtió que una figura oscura se iba aproximando. Era el revisor. Sonrió ligeramente para sí, según rebuscaba su billete en la cartera, recordando la primera experiencia que había tenido en un tren como aquel, más de veinte años atrás. Viajaba sola, como ahora, pero con apenas dieciocho años. Había comprado el pasaje en Gatwick y no se había percatado de las distintas líneas que concurrían por las mismas vías. Al llegar el revisor, le enseñó su billete para el pueblo donde viajaba, Worthing, se llamaba. Aquel hombre de rostro adusto enarcó una ceja y dirigiéndose a ella con tono suave le comunicó: «Perdone, señorita, pero este tren no va a Worthing». «¿Cómo dice?», le preguntó deseando no haber entendido bien. «Que este tren no para aquí», le dijo el hombre hablando pausadamente y señalando el nombre que aparecía en el billete. «Pero ¿cómo que no? Yo he seguido las indicaciones que me dieron en el aeropuerto... andén 5 —titubeó—. Y ahora, ¿qué hago? —preguntó desesperadamente».

Recordaba los esfuerzos que aquel buen hombre hizo por ayudarla. Le explicó dónde debía apearse y cómo comprar un billete nuevo para su destino final. Incluso cuando llegaron al

lugar señalado, le porteó la maleta y la acompañó hasta la puerta en un gesto paternal que nunca olvidaría. Gloria volvió a sonreírse, al evocar la inocencia y la emoción vivida durante aquellos años de juventud, la impresión que le causó viajar sola a un país extranjero por primera vez, la excitación de verse libre e independiente y la satisfacción que le producía el darse cuenta de que era capaz de tomar sus propias decisiones. Fueron varios veranos seguidos los que disfrutó en el sur de Inglaterra durante sus años de facultad. Luego, estudió un curso académico en Birmingham como Erasmus y más tarde residió otro año en Londres, ejerciendo como lectora.

Pero una vez que hubo comenzado a trabajar en la universidad no volvió a viajar a aquel país. Aquello era sorprendente, desde luego, teniendo en cuenta que estaba adscrita al Departamento de Literatura Inglesa y Norteamericana. Lo había intentado muchas veces, sin duda, pero entre las clases y la familia le había resultado del todo imposible. Es más, si no fuera por lo apremiante de su situación en el trabajo, este viaje nunca se habría llevado a cabo, pues a pesar de ser profesora contratada desde hacía algunos años, no era doctora. Para conseguirlo tenía que terminar la tesis y la falta de tiempo le había hecho demorar este proyecto una y otra vez. Ahora las cosas se habían complicado y desde el rectorado le habían dado un ultimátum: o presentaba la tesis en el plazo de un año o iba a la calle.

Había decidido centrar su estudio en una novelista británica, una de esas feministas del siglo XIX, popular en la época por sus obras progresistas. La escritora, sin embargo, había quedado relegada al olvido incluso antes de su muerte, lo que resultaba bastante interesante desde el punto de vista de la investigación, pero, a la vez, la dificultaba enormemente. A Gloria le fascinaba aquella mujer polémica y atrevida y había sido bastante activa en la búsqueda de información, que iba consiguiendo

gracias a los datos volcados en internet y a algún préstamo interbibliotecario, pero según iban avanzando, se veía en la necesidad de abordar mayor volumen de material auténtico que le ayudara a profundizar en el análisis de su obra en su totalidad.

Afortunadamente para ella —aunque unos meses atrás no sabía si habría calificado este acontecimiento como afortunado— a principios de curso su facultad había convocado una estancia en Inglaterra para ayudantes de investigación. Gloria, por su parte, hacía años que estaba en contacto con algunos colegas de la Universidad de Exeter, lugar de origen de *su* escritora, y fue cuando se decidió a solicitar esa ayuda y buscar un codirector para su tesis. Le fue bastante fácil. Desde el punto de vista académico reunía todos los requisitos necesarios y, además, sus compañeros ingleses le dieron en seguida el visto bueno.

Lo de su familia fue otro cantar. Su madre puso el grito en el cielo, que si varios meses en Inglaterra, que qué iba a hacer sin ver a sus hijos tanto tiempo, que qué locura era aquello de irse sola a esas alturas de la vida, que si bla, bla, bla. Su marido no le fue a la zaga. Para él aquello era absolutamente prescindible. Podía terminar la tesis en España —decía—, aunque curiosamente él sí que necesitó más de seis meses de estancia en Estados Unidos para concluir su investigación sobre Aleixandre y luego pasó un año en Londres como profesor visitante y últimamente otro más en París cuando los niños ya habían nacido.

Gloria tuvo que actuar de forma muy cautelosa. Sabía que si tensaba mucho la cuerda él podría haberle impedido llevar a cabo este proyecto. No en vano era el decano de la facultad y tenía sus contactos. Así que elaboró un minucioso plan. Primero buscó apoyo en su departamento, donde era muy valorada. Desperdiciar esta ocasión —les comentó a sus compañeros— podía suponer el fin de su carrera en la universidad. Se quedaba sin tiempo para depositar la tesis y con la carga de trabajo que tenía

en España era más que probable que no pudiera terminarla. También urdió estrategias para convencer a su marido.

—Imagínate que finalmente no acabo la tesis, o que no me aprueban... —le decía intentado crearle inseguridad.

—Sí, claro, no creo que exista tribunal en este país que se atreva a suspenderte. Como si no supiera todo el mundo con quién estás casada —le replicaba él con soberbia.

—Bueno, quizá sí que la termine, y sí que apruebe, por lo que tú dices... pero creo que tu prestigio no quedaría bien parado si el trabajo no está finalmente a la altura.

Aquel fue el argumento que terminó de persuadirle. Apelear a su orgullo era algo que nunca le había fallado en tantos años de convivencia y así, finalmente, y a regañadientes, consiguió que su esposo le permitiera emprender aquel viaje.

Aun así, las últimas semanas habían sido de pesadilla. Su marido se mostraba todo el día molesto y no paraba de preguntarle por la rutina de los niños, que a qué hora había que recogerlos, que qué cenaban, que qué días tenían las actividades extraescolares... Lo hacía como si él no fuera el padre de sus hijos, como si fuera un invitado, o una niñera nueva a la que acababa de contratar. Y todo ello acompañado de reproches, de comentarios irónicos, de expresiones de condescendencia. Gloria puso a prueba su paciencia, un arma que conocía bien, y se afanó en resolver las dudas de su marido con diligencia, sorteando sus envites con resignación, para intentar llegar lo más entera posible al día de su partida.

Con tanto episodio de nervios y de preparativos de última hora Gloria no había reparado en que ni siquiera había previsto cómo sería su vida lejos de casa, sin sus hijos; si la añoranza le resultaría soportable. Ahora que estaba en aquel tren sentada iba asumiendo, poco a poco, que nada de eso iba a ocurrir; se encontraba en un excelente estado de ánimo, con muchas ganas

de empezar a investigar, de conocer a sus colegas ingleses y de volver a vivir en aquel país que tan buenos recuerdos de juventud le traía. ¡Y de tomarse esa pinta rubia!

El tren avanzaba con paso ligero, parando en cada una de las estaciones anunciadas. Faltaba, por lo que había calculado, solo media hora para llegar. De nuevo volvió a dirigir su mirada hacia la ventana. Había comenzado a lloviznar y sobre los cristales se podían distinguir finas gotas de lluvia que avanzaban trémulas desafiando el rozamiento provocado por la velocidad del tren. «Esto sí que es Inglaterra», masculló entre dientes, contemplando cómo en el exterior, iban apareciendo todos y cada uno de los recuerdos que su memoria albergaba, los rebaños de ovejas moteando de blanco los verdes campos, los cuervos negros revoloteando a baja altura, las altas chimeneas vomitando humo en la lejanía y el color rojizo de la tierra humedecida.

A la hora indicada se apeó en la estación de Reading y desde allí hizo trasbordo rumbo a la ciudad de Exeter. El tren llegó a su destino final justo a la hora prevista. «Puntualidad británica», pensó. Prendió la maleta y descendió los dos peldaños del vagón al tiempo que echaba un vistazo a todas las personas que se encontraban en la estación intentando adivinar cuál, de todas ellas, sería su casero. No le fue difícil. Enseguida distinguió que un tipo de mediana edad, pelirrojo y de complexión fuerte, se acercaba a ella preguntándole:

—¿Gloria?

—Sí, soy yo —respondió alargándole la mano para estrechársela.

—Soy David. Encantado de conocerte —le contestó mientras le indicaba dónde tenía aparcado el coche—. Te he reconocido enseguida gracias a la foto que me enviaste.

Tras subir al auto, Gloria observó con curiosidad a aquel hombre de sonrisa amable. Era un tipo común, desde luego, ojos

claros, rostro pecoso y piel cerúlea, como casi todos los ingleses. Él, por su parte, no se veía tan interesado en escudriñar a su interlocutora. Parecía más decidido a hablar y durante todo el trayecto no paró de contarle cosas, qué tipo de familia eran, dónde se encontraba la casa, qué clase de reformas le habían hecho y en qué barrio estaba ubicada. Charlaba sin parar. Decía que *ellos* ocuparían la segunda planta de la vivienda. La tercera era para Gloria. *Ellos* eran él y su mujer Julie, que vivían solos, pues no tenían hijos.

Aparcó el coche frente a la fachada de su residencia, una casa de planta victoriana con revestimientos en gris y blanco y cubierta de pizarra. Cuando abrió la puerta Gloria parecía estar reviviendo cada una de las viviendas que había ocupado durante sus distintas estancias en Inglaterra. Se accedía a través de una puerta color vainilla con gran aldaba de bronce en el centro. Las ventanas eran abatibles, el suelo enmoquetado, de tonos ocres y tostados, y las escaleras, estrechas y de madera, aparecían a la vista desde la entrada. La planta baja contaba con un pequeño salón dividido en dos habitaciones, una con el sofá, dos pequeños sillones tapizados en crudo, una mesita baja y una televisión, en la otra se encontraba la mesa de comedor, de madera rústica, flanqueada por cuatro sillas, también en madera, y unas estanterías de pared con algunas fotos y recuerdos, entre ellos, una pequeña réplica de la Union Jack. La cocina aparecía al fondo y a través de ella se accedía por una diminuta puerta a un patio exterior que, por lo que se podía distinguir, no parecía pequeño. Arriba estaba el dormitorio del matrimonio, al que no tuvo oportunidad de entrar y un cuarto de baño, que pudo entrever discretamente según pasaba. David le contó lo complejo que les había resultado sustituir todas las tuberías viejas de los sanitarios y del lavabo por otras nuevas.

—Todo lo hicimos nosotros, fontanería, electricidad, albañilería... —afirmó orgulloso.

En un tercer tramo de escalera estaba el baño y la habitación de Gloria, un pequeño cuarto abuhardillado, que contaba con una mesa de trabajo, estanterías, la cama y un amplio ventanal a través del cual se podían divisar los chapiteles góticos de la catedral de Exeter.

—Espero que te guste —le dijo David.

—Sí, sí, me encanta —le contestó ella ilusionada.

—Acomódate, hemos comprado comida, por si te apetecía cenar algo. Nosotros ya lo hemos hecho —le comentó al tiempo que le indicaba que su mujer se encontraba en el *pub* de enfrente tomándose una cerveza.

—Yo me voy a reunir con ella ahora, si no te importa —continuó.

—No, en absoluto —negó Gloria—. De hecho —añadió con premura— me encantaría acompañaros, si no hay problema, claro...

—De ninguna manera. Vente. Ya verás. El *pub* de la esquina es el mejor de toda la ciudad. Se llama The Happy Hour.

—Pues me peino y bajo.

Gloria dejó el equipaje en el suelo de su cuarto de cualquier manera y corrió al baño a lavarse un poco la cara y cepillarse el cabello. En ese momento recordó que debía telefonar a su marido para avisarle de que ya había llegado. Al sacar el móvil del bolso vio a David esperándole en un tramo de la escalera. No podía demorarse en hablar con Carlos. Mejor mandaba un mensaje. Ya hablaría con él al día siguiente con más tranquilidad.

NORA BALE ACELERÓ EL PASO TRAS ENFILAR EL ÚLTIMO tramo que le quedaba por recorrer de aquella interminable calle, la larguísima Oxford Street. Y no es que llegara tarde a su cita. Había salido temprano de casa para asegurarse de poder completar a pie las más de dos millas que separaban su barrio del centro de la ciudad sin tener que andar preocupada por la falta de tiempo. Iba dando un agradable paseo descendiendo las callejuelas aledañas a la estación de Paddington hasta Lancaster Gate cuando al llegar a la confluencia de Marble Arch con Hyde Park unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer del cielo y entonces decidió acelerar el ritmo de su marcha. Lo hizo de forma casi inconsciente, pues su cabeza andaba perdida en una maraña de reflexiones y pensamientos difusos y tuvo que ser su instinto el que le advirtiera que debía comenzar a caminar más apresuradamente. No llevaba paraguas y su viejo abrigo de paño empezaría a absorber el agua poco a poco, como sucedía siempre y, si finalmente el trayecto se alargaba durante algunos minutos, acabaría empapada hasta los huesos.

Afortunadamente aquel día calzaba sus flamantes *wellington*, las que se había comprado la semana anterior en aquella zapatería cara de Bond Street. Las vio en el escaparate cuando pasaba por allí tras cobrar el cheque de su último artículo y se paró para contemplarlas. Allí se encontraban, en el centro de una enorme urna acristalada, elevadas sobre una plataforma de madera, luciendo esplendorosas sobre el resto de los zapatos que se hallaban expuestos. Seducida por aquel destello y como hechizada por un extraño embrujo Nora entró en la tienda.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le preguntó la dependienta, una chica con modales refinados, pero con un ligero acento irlandés que delataba que su aspecto y su actitud no siempre debieron ser tan elegantes.

—Sí. Me gustaría probarme esas botas del escaparate —respondió sin saber muy bien qué estaba haciendo allí dentro ni cómo terminaría todo aquello.

—Un momento, señorita. Ahora mismo le traigo su número.

Cuando se embutió en aquella bota de caucho flexible Nora experimentó una sensación de confort indescriptible. Aquel calzado había envuelto su maltrecho pie en un lecho de placer que no sentía desde que era niña, cuando en invierno se acostaba en su cama recién almidonada, con aquel cobertor de plumas que su padre le había traído de Escocia. Anduvo unos cuantos pasos con aquella bota, la derecha. No quería quitársela, quería calzarla siempre, meterse con ella en los charcos, dar patadas a las piedras del camino, segura de que su pie no se resentiría por nada, ni por la humedad, ni por el frío, ni por el dolor.

—¿Podría probarme la otra? —pidió a la dependienta intentado alargar aquel momento de felicidad.

—Sí claro, ahora se la traigo. Son realmente cómodas, ¿verdad? —le comentó la joven, convencida a estas alturas de que ya tenía la venta hecha.

Se calzó la otra bota. Se paseó con las dos por toda la tienda, se miró en el espejo, volvió a caminar y de pronto, sin pensar, como arrastrada por una fuerza incontrolable afirmó:

—Me las llevo. ¿Cuánto valen?

Nora tuvo que tragar saliva cuando oyó de la voz de aquella chica el importe de su capricho. Era la suma casi total del cheque que llevaba en el bolsillo; dicho de otro modo, lo que tenía para vivir las próximas dos semanas. Aunque en realidad —pensaba ahora reflexionando con sensatez— su elevado precio estaba más que justificado. Estaban en Bond Street y las botas eran unas *wellington*.

—¿Aceptáis cheques? —preguntó sabiéndose ya atrapada en un callejón sin salida.

—Sí, si son de algún banco de Londres.

Nora sacó el cheque recién cobrado y se lo tendió a la cajera, otra joven, oronda y rubia, que vestía el mismo uniforme oscuro de la dependienta, y cuya única función parecía ser cobrar con aquella máquina registradora que había en la esquina de la zapatería.

Cuando salió de la tienda ya no pensó más en lo cómodas que serían las botas ni en el placer que sentiría al calzarlas. Por el contrario, una especie de sudor frío pareció invadirle todo el cuerpo al pensar en la locura que acababa de cometer. Ahora, durante dos semanas no podría comer ni un solo día carne, ni pescado —asumió—. Tendría que alimentarse a base de pan, té y huevos, como hacía dos meses, cuando tuvo que pagarle a la casera aquel recibo por adelantado. Y todo por aquel estúpido impulso que había resultado ser más poderoso que su voluntad o su cordura.

Pero aquel día, mientras recorría los últimos metros que le restaban para llegar a su destino en Oxford Street, una agradable sensación de bienestar se había apoderado de su ánimo al comprobar que los pies eran las únicas partes del cuerpo que permanecían secas y calientes. Aquello, después de todo, no había sido un capricho vano sino una prenda necesaria, hasta imprescindible, diría ella, para sobrevivir en una ciudad tan lluviosa y húmeda como Londres. Fue entonces cuando determinó que su acción no había sido fruto de una temeridad, sino del pragmatismo y que su culpa había quedado expiada para siempre.

Nora llegó finalmente al número 120 de Oxford Street. Entró en el portal de aquel edificio de estilo clásico. Dio los buenos días al portero y, sin tener que preguntarle nada, subió tres amplios tramos de escalinata de mármol. Una vez arriba, llamó a una puerta en la que se podía leer sobre una pequeña placa plateada la inscripción «McArthur & Smith Publishers».

—Buenos días; tenía una cita con Mr. McArthur.

—¿Su nombre, por favor? —le preguntó la secretaria, una joven delgada, de cabello hirsuto y rostro alargado.

—Nora. Nora Bale.

La secretaria consultó su cartapacio y apuntando algo en él le indicó:

—Pase a la sala de espera, por favor. Enseguida la recibirá Mr. McArthur.

Nora entró en la habitación. Para su sorpresa, no había nadie dentro. El mes anterior, cuando había acudido a aquel piso por primera vez, se encontró a cuatro personas esperando. Se sentó sobre una de las sillas tapizadas, se atusó el pelo con las manos, a modo de cepillo y se quitó el abrigo. La sensación al despojarse de aquella prenda mojada le confirió cierta confianza. Ahora se sentía más presentable, más atractiva que cuando había llegado. Soltó el abrigo y el bolso sobre una silla contigua

y, a falta de gente, se dedicó a observar la estancia con atención. Había ilustraciones de libros colgadas en la pared y noticias de periódico y fotografías decorando un ancho aparador de madera donde aparecían los dueños de la editorial con otros hombres, escritores, periodistas, políticos... todos sonriendo, todos con rostros iluminados, como queriendo evidenciar el éxito de sus vidas.

A Nora le encantaba observarlo todo. Quizá de ahí viniera su pasión por escribir. Le gustaba ver, escuchar y luego recrearlo todo en su cabeza para después plasmarlo en el papel, inventando historias, creando personajes.

—¿Miss Bale? Pase, por favor, Mr. McArthur la está esperando.

—Gracias —contestó, siguiendo a la secretaria a través de un largo pasillo.

Mientras recorría los metros que la separaban del despacho del editor, Nora volvió a sentir el mismo desagradable cosquilleo con el que se había levantado esa mañana. Desde que terminara la novela y tratara de publicarla había adoptado una actitud serena, sin caer en el desaliento, a pesar de que la obra había sido rechazada en dos ocasiones anteriormente. Pero siempre que entraba por la puerta de algún periódico o redacción no podía evitar que una extraña sensación de inseguridad le recorriera todo el cuerpo. Le sucedía incluso con Morgan Harper, el redactor jefe del *London Herald*, con el que llevaba más de un año trabajando; cada vez que se presentaba allí con algún artículo o reportaje volvía a revivir ese sentimiento de vulnerabilidad y de cierto temor.

—¿Se puede, Mr. McArthur?

—Sí, señorita Bale, pase, pase —le dijo el editor alargándole la mano para estrechársela sin despegar los ojos de la carpeta que sostenía.

—Pero, siéntese, siéntese.

Aturdida ante la falta de contacto visual, se sentó, un poco azorada, sintiendo cómo los músculos de su rostro comenzaban a contraerse, fruto de la inquietud.

—Bueno, señorita Bale. Sí, hemos estado analizado su novela... cómo se llamaba sí... *Un nuevo amanecer*... El título ese... En fin no sé si habría que cambiarlo.

Nora recibió aquella crítica como una muy buena noticia. Si había que cambiar el título, sería porque el editor daba su visto bueno a la publicación.

—No creo que resulte ser un problema —le respondió con cierta emoción.

—Sí, bueno, el título... el título es lo de menos... verá la novela no está mal. Está bien escrita. No hay duda de que es usted una buena narradora. Algo habrá heredado de su padre, no cabe duda, a pesar de ser mujer —dijo el editor sonriendo, convencido de haber complacido a la joven con su apreciación.

Nora, lejos de sentirse halagada, recibió el comentario con enojo, pero apelando a la prudencia, decidió no contestar y dejar que aquel hombre continuara hablando.

—Ya le digo... la novela no está mal. Tiene su público. Estas historias de la nueva mujer están ahora completamente *à la mode* —dijo él con una mezcla de pretendida afección y cierto sarcasmo—. Además, la trama pseudodetectivesca que forma parte del nudo puede resultar atractiva para muchos lectores. Pero habría que reformar algunos capítulos —continuó.

—¿Reformar capítulos? —preguntó descolocada, pues no sabía muy bien si sentirse esperanzada o no con los términos en los que se estaba desarrollando la entrevista.

—Sí, capítulos, personajes... —replicó él vagamente—. Lo principal, la protagonista, esa tal Grace, es ciertamente desagradable, en ocasiones incluso odiosa, tan fantasiosa, tan obsesi-

va... y el final... el final, desde luego, tendría que rehacerse por completo.

—¿Cómo el final? —preguntó ahora Nora, alarmada—. El final es el mensaje principal de la novela —añadió, sin poder dominar su desconcierto.

—¿El mensaje principal de la novela? ¿Pero qué mensaje? ¿Que una mujer caprichosa, rica, pésima madre y esposa acabe haciendo lo que le place sin importarle lo que le ocurra a los demás? ¿Ese es el mensaje que quiere para su novela?

—No es una mujer caprichosa, ni mala madre, ni esposa, es solo una mujer que aspira a alcanzar la libertad, una m...

—¿La libertad? —le interrumpió—. ¿Abandonando a un esposo bueno, que la colma de atenciones, a unos hijos pequeños, para ir por ahí haciendo locuras?

—No es una loca, es simplemente una mujer que descubre que puede hacer más cosas que estar encerrada en casa, que busca autonomía, aventura, pasión...

—Mire, señorita Bale... —interrumpió el editor—. Le aseguro que estoy al tanto de este nuevo tipo de literatura llamémosle... femenina. Soy un hombre de mundo, de letras y de mundo, y por eso le estoy aconsejando, indicándole cómo puede salvar su obra para hacerla comercial. Debe cambiar muchos aspectos de la protagonista y, sobre todo, debe resolver la intriga de un modo concluyente. El final debe ser definitivo. Una vuelta a la realidad del personaje o, en caso contrario, un suicidio. Con ambas opciones conseguiría un epílogo cerrado y ejemplar.

—¿Ejemplar para quién? —preguntó Nora a punto de ser arrastrada por la cólera.

—¡Pues para la novela, para quién va a ser! —contestó el editor, también alterado—. ¿De verdad cree, señorita Bale, que esa protagonista suya puede agradar al público, por muy femenino que sea, con esa actitud histérica, con esa falta de resolu-

ción, con esa escasa conciencia de los demás? Le aseguro que si el libro se publicara en estos términos —dijo golpeando la pluma que sostenía sobre el escritorio en torno al cual estaban sentados— sería la primera y la última obra suya en ver la luz. Hágame caso —añadió mientras sacaba del cajón el manuscrito—, lléveselo a casa y haga todas las modificaciones que le he sugerido.

Nora salió de aquel piso completamente destrozada. Por lo menos en los dos rechazos anteriores no había tenido que soportar tanta humillación; entonces había recibido sendas cartas, procedentes de las editoriales con las que había contactado, en las que le agradecían la confianza depositada en ellos y lamentaban mucho no poder publicar la novela al encontrarse fuera de la línea literaria que representaban. No obstante, la animaban a continuar escribiendo y ofrecían su colaboración para futuras publicaciones. Cuando recibió la carta de McArthur, creyó que esta vez sería diferente. Ahora le concertaban una cita con el editor principal y, además, sabía que en su juventud el tal McArthur había trabajado ocasionalmente con su padre; la oportunidad resultaba, pues, en un principio, bastante alentadora. Pero ahora sabía que sus esperanzas habían acabado en una nueva frustración, en aquel despacho, con aquel hombre pretencioso y soberbio.

«¡Un hombre de letras! ¡De mundo y de letras!», repetía Nora para sí con todo el desprecio con el que podía imitarle. «¡Salvar la novela! —recordaba—. ¡Salvar la novela!». Hacerla comercial, modificarla según le había sugerido... «¡Pero qué quiere este mentecato, que escriba una nueva obra!», exclamó para sí según salía del edificio.

La abstracción de Nora en sus furibundos pensamientos le había impedido advertir que, una vez fuera, le costaba moverse por la calle con facilidad. Oxford Street estaba rebotante de gen-

te. Decenas, cientos de personas, circulaban por la acera, algunos relajadamente, otros, con bastante prisa. Entre estos últimos había muchas mujeres, algunas parecían dependientas que salían de las tiendas para tomarse el sándwich de mediodía; otras tenían aspecto de secretarias, con sus chaquetas y botines funcionales, sus cabellos recogidos y sus grandes bolsos a modo de cartera. También había cierto bullicio en las esquinas. Mujeres de mediana edad se concentraban para hacer colecta a favor del Ejército de Salvación y otras más jóvenes pedían firmas en contra de la vivisección, esa práctica médica que, según ellas, justificaba el maltrato y la tortura de animales. En la calzada también había bastante revuelo, carruajes, vehículos y bicicletas compartían espacio entre transeúntes y policías a caballo. A lo lejos se oían unas voces femeninas que parecían estar gritando algo al unísono.

—¡El voto para la mujer! ¡El voto para la mujer!

—Un grupo de sufragistas —musitó para sí mientras intentaba hacerse hueco para atravesar la calle en dirección a la parada del ómnibus.

—¡El voto para la mujer! ¡El voto para la mujer! —arreciaban los gritos.

Al fondo de la calle, atisbó a una gigantesca masa formada por un gran número de mujeres, todas vestidas de blanco, portando pancartas que se extendían a todo lo ancho de la avenida.

—¡El voto para la mujer!

Tuvo que frenar su marcha. Le resultaba imposible cruzar sin esperar a que cediera aquella enorme marea blanca vigilada por decenas de policías armados con largas fustas. Según avanzaban, las sufragistas entregaban octavillas a todas aquellas mujeres que les salían al paso.

—¡Apóyanos, compañera! La mujer tiene derecho al voto tanto como el hombre —chillaban algunas.

—¡Únete a nosotras! —decían otras.

Nora cogió una octavilla y permaneció un buen rato observando a todas aquellas mujeres que parecían transmitir con sus voces y sus rostros una profunda rabia, pero a la vez, una fuerza poderosa, fruto del convencimiento y de la hermandad. Y pensó en todas ellas. También en esas secretarias que había visto unos minutos antes, caminando por la acera. En las dependientas, que aceleraban la pausa del *lunch* para volver con premura al trabajo, en aquellas otras, que no dudaban en plantarse en las esquinas a pedir dinero, o firmas, para luchar por alguna causa. A todas ellas les gustaría su novela, seguro. Simpatizarían con su protagonista. No la describirían como caprichosa o desagradable, sino que verían en su personaje a una mujer, con sus mismos problemas, con sus mismos desafíos. A todas ellas les gustaría su novela. Estaba convencida.

TIC, TAC, TIC, TAC, TIC, TAC.
 El viejo reloj de pared viola tímidamente el imponente silencio que domina el salón de la casa.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Sobre las paredes se observan tres enormes tapices italianos. El primero representa una escena de caza, el ciervo herido corre con rostro desencajado intentando huir de sus verdugos a caballo, tres hombres con botas altas, pantalones *beige* bombachos, chaquetas abotonadas y escopetas en mano. El segundo es de la batalla de las Gravelinas. Las navieras inglesas derrotando a la todopoderosa Armada Invencible: humo, sangre y fuego tiñen de amarillo, rojo y gris el fondo azul turquí de un mar embravecido. El tercero representa un desfile militar. Un general encabeza un escuadrón de hombres uniformados y armados; de los primeros se puede apreciar la severidad de sus rostros, la dureza de sus ojos, de los siguientes solo se puede entrever la verticalidad de sus figuras y el paso firme con el que caminan.

En el ala izquierda, un tresillo formado por un gran sofá cubierto con cobertor de paño de Damasco y dos sillones a los

lados. En el centro, una enorme mesa de nogal, alargada, con capacidad para diez o doce personas, flanqueada por ocho sillas de ancho respaldo, forradas en seda. Sobre los amplios ventanales, visillos de satén de tonalidades ocres. En la esquina inferior derecha, una chimenea recubierta con una mampara de cristal y sobre todas las superficies elevadas, candelabros bañados en oro sostienen grandes velas.

Al fondo, una mujer, de unos veinticinco años, sentada en una mecedora junto a la ventana. Viste una falda larga y oscura y una blusa blanca de cachemira, asentada sobre un estrecho corsé que le hace realzar sus tersos pechos sobre los que cuelga un sencillo camafeo sujeto por una gruesa cadena. Su cabello, oscuro y algo encrespado, aparece recogido por un pasador de plata a la altura del cuello, largo, esbelto. Su rostro es moreno, pero apagado; sus ojos, grandes y almendrados, su boca alargada y sus labios carnosos. Sobre su regazo, un bastidor rodea una tela blanca de Panamá, con trazos de hilo de color desperdigados y una aguja larga.

Pero la mujer no borda. No coge la aguja, ni atiende al hilo sobre la tela. Solo piensa. Piensa en su vida, mientras contempla en el exterior las hojas de roble que caen anunciando la llegada inminente del otoño. Meses atrás había observado las enredadas madre selvas y los rosales, con sus primeros brotes encarnados y amarillos, y al pequeño colibrí que revoloteaba la propiedad en primavera. Y unos meses antes, los copos de nieve caer y la alfombra blanca que luego dejaron en la cubierta de hierba durante semanas. La mujer recuerda que todo eso también lo había visto ya el año anterior y el anterior.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

El tiempo huye, se diluye, se escapa. Y con él, ella se marchita, se pierde.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

El sol se va apagando, se esconde. Los rayos desaparecen y la penumbra vuelve a reinar en el salón de la casa. Como todos los días.

Unas voces se escuchan al fondo de la estancia. Son voces agudas, risas.

—¡Hola, mamá! Entramos. Ya ha llegado papá.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—Dice que subamos y que nos arreglemos para cenar.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—Hola, querida. ¿Qué tal el día? Te he traído estos bombones de la ciudad —dice el marido, acercándose a ella para besarla.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—Avisa a Daisy. Que vaya disponiendo la cena. Tengo un apetito atroz.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—Claro, querido. Ahora mismo la llamo.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

GLORIA SE LEVANTÓ TEMPRANO AQUELLA MAÑANA. Tras ducharse, se cepilló el pelo, se vistió y se maquilló ligeramente, con gran agilidad. Cuando entró en la cocina encontró a David sentado en la mesa enfrascado con el portátil.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —contestó él levantando la vista del ordenador. ¿Has dormido bien? —se interesó.

—Estupendamente, gracias —le respondió. Ahora necesito un café.

David se levantó y de forma casi compulsiva comenzó a abrir los armarios de la cocina.

—Mira, aquí tienes el café y el azúcar —dijo señalando una de las estanterías— y aquí, los cereales y el pan. En el frigorífico hay leche, mantequilla, queso, ¡ah!, también mermelada y *marmite* No sé si vas a necesitar algo más —añadió.

—No. Es más que suficiente —dijo Gloria rellenando la *kettle* con agua del grifo.

—Por ser tu primer día te he preparado yo mismo el *pack lunch* —continuó él mostrándole una tartera de plástico transparente—. Es un sándwich de tofu. Espero que te guste.

—Sí, genial —asintió, sonriéndole.

—No me he atrevido a poner otra cosa. No sé si eres vegetariana —prosiguió él.

—No, no lo soy.

—Ya me lo había advertido Julie —asintió él devolviéndole la sonrisa—. Me dijo: «David, no te preocupes. Los españoles comen de todo». Ya te lo comentó ayer. A ella le encanta España y los españoles.

Efectivamente, eso fue lo que Julie le había contado la noche anterior en el *pub*. Que era una enamorada de España y que había visitado el país varias veces y que fue ella la que había convencido a David de que acogieran a una española durante unos meses.

—Julie es vegana —continuó—. Así que yo preparo dos menús. Tú puedes apuntarte a mis cenas, pollo, cordero, pasta a la boloñesa o a las suyas, zanahorias hervidas y puré. Tuya es la elección —afirmó con bastante sorna.

—Creo que me quedo con el primer menú —respondió Gloria divertida.

—Podemos organizarnos como prefieras. Si quieres puedes comprar tus cosas y preparar tus comidas de forma independiente o ponemos un fondo común y me encargo yo de la intendencia. Ya te dije ayer que a mí no me importa cocinar.

Así era. David le había comentado la noche anterior que se ocupaba de casi todas las labores del hogar, cocinar, comprar, preparar la ropa... pues para él era más fácil, ya que trabajaba desde casa diseñando y fabricando artículos de regalo que luego vendía por internet. Julie era maestra y, además, odiaba todo lo relacionado con esas faenas. «¡Qué suerte tienen algunas!», pen-

só Gloria en ese momento recordando lo poco que su marido colaboraba en casa. «¡Claro, ellos no tienen hijos!», se dijo, intentando contentarse.

—¿Vas hoy a la universidad? —preguntó David.

—Sí, sí. Cuanto antes empiece a trabajar, mejor. Ayer envié un mensaje a mis compañeros de departamento y ellos me confirmaron que me recibirían hoy a las diez. Tengo tiempo de sobra —le aseguró mientras colocaba las tostadas sobre un plato llano y removía el café instantáneo.

—Recuerdas la dirección, ¿no? —se interesó David.

—Sí. No te preocupes. Además, tengo la localización.

—No hay pérdida. Ya te lo comentamos. Sigue toda esta calle recta hasta el parque, lo atraviesas y allí verás las indicaciones. Es una milla y media a pie —informó.

—Perfecto. Iré dando un paseo —anunció Gloria.

—Sí. Hace un día fantástico. Puedes coger la bici. Yo hoy no la voy a necesitar.

—No, gracias, eres muy generoso, pero me apetece caminar —repuso ella sinceramente, aunque la idea de la bicicleta ni se la había pasado por la cabeza. Gloria no montaba desde niña, ni siquiera lo intentó cuando su hijo mayor dio sus primeros pedaleos. Y a estas alturas estaba segura de que sería incapaz de mantener el equilibrio.

—Como quieras —dijo David retornando su mirada hacia la pantalla del ordenador.

Cuando Gloria terminó el desayuno, salió de la casa y comenzó a avanzar por aquella avenida larga e inclinada. La mañana, desde luego, resultaba de lo más apacible. El cielo lucía despejado permitiendo al sol brillar cálido y luminoso. La calle se encontraba acotada a ambos lados por una ristra interminable de casitas adosadas, todas del mismo color, con la misma fachada, de la misma altura. Entre las viviendas y el asfalto, otra hilera

infinita, esta vez de árboles, se perdía en el fondo. Tenían el tronco macizo, con grandes ramas entrelazadas y flores de color rosado, que surgían diminutas entre la majestuosidad de las copas. Parecían olmos, o tal vez fueran castaños. Gloria siempre se lamentaba de su falta de conocimientos en botánica. No sabía diferenciar un roble de una encina.

Continuó ascendiendo la pendiente hasta llegar al parque del que David le había hablado. Lo atravesó por el pavimento empedrado, dejando atrás el manto de césped húmedo, recién cortado; lo sabía por la fragancia que desprendía, fresca e intensa. A los extremos, un lecho de crisantemos, margaritas y lilas, entremezcladas con arbustos ocres e irisados, que atenuaban el vivo colorido de las flores. En el centro había una fuente de mármol con la imagen de una sirena con una concha en la mano, desde la que emanaban pequeños chorros de agua. La parte superior del parque, la que se encontraba más elevada, estaba poblada por un numeroso conjunto de árboles. Estos no eran tan frondosos como los de la calle anterior. Tenían un aspecto más urbano, con hojas pequeñas, verde manzana y delgados troncos erguidos.

Al llegar al final de la arboleda, Gloria descubrió las señales que apuntaban el camino hacia la universidad. Sin ellas también la habría encontrado, pues a la izquierda ya se entreveía el imponente edificio de estilo normando, lleno de anchos ventanales con postigos de madera. Continuó ascendiendo por una pequeña pero angosta cuesta y en menos de quince minutos ya se encontraba en la puerta del campus. Lo atravesó para seguir las indicaciones que la dirigían al *office*. Finalmente, llegó a una casita pequeña, con revestimiento en blanco, que parecía más el hogar de Miss Marple que el registro de una universidad.

—Buenos días —saludó a la secretaria—. ¿Podría decirme dónde se encuentra el Departamento de Literatura Inglesa?

—Claro —contestó la chica, una rubia de pelo ondulado y piel marmórea—. Está en el edificio principal. Nosotros estamos aquí —le dijo señalando un plano situado sobre el mostrador—. Solo tienes que continuar por la izquierda. Una vez dentro del edificio debes subir las escaleras situadas en el centro. Sigue el pasillo y está al final, la última puerta a la derecha.

Gloria arribó sin problema. En la puerta del departamento, una placa que rezaba «Lengua y Literatura Inglesa» y abajo, en pequeño, los nombres de los que suponía serían sus nuevos compañeros. Tocó con los nudillos al tiempo que sentía cómo un ligero cosquilleo le ascendía por el estómago.

—Buenos días. ¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó el hombre de la puerta, un tipo de unos cuarenta años, castaño, de mentón pronunciado, gafas de pasta y nariz ancha.

—Sí. Buenos días. Me llamo Gloria. Gloria Bermúdez. Soy la colega española que viene a investigar sobre Nora Bale.

—Claro, Gloria. Pero pasa, pasa. Bienvenida. Yo soy Robert Marsdem. He cruzado algún correo contigo. Ven, te presentaré al resto de compañeros.

Gloria siguió a aquel hombre con aspecto de intelectual despreocupado por un estrecho y corto pasillo hasta que este abrió una segunda puerta que accedía a un espacioso despacho con seis mesas enfrentadas de tres en tres.

—Mirad quién ha llegado —dijo Robert dirigiéndose a sus compañeros—. Es Gloria Bermúdez.

—Este es Brian —afirmó, señalando a un hombre, algo mayor que él, más robusto y moreno—. Esta es Myrna —continuó, dirigiéndose ahora a una chica bastante joven de cabello largo y ojos azules—, y aquella del fondo es Phoebe. Nos falta Peter, que está ahora mismo en Suecia con una beca de investigación. Tampoco está presente Blanche, la jefa de departamento. Ella no trabaja en este despacho sino en ese otro

—aclaró, apuntando a una puerta cerrada al fondo de la estancia.

—Encantada.

—Encantados —fueron contestando sus nuevos colegas, al tiempo que se levantaban para estrecharle la mano.

—Me alegro de conoceros, saludó Gloria un poco apabullada con tanta presentación.

—Bueno, yo creo que nos podríamos tomar un café y así charlamos un poco —propuso Phoebe, una mujer grande y redonda, de rasgos profundos; sin duda, la mayor del departamento.

—No lo tomes como un halago —comentó Robert divertido—. Phoebe siempre aprovecha cualquier oportunidad para levantarse de la silla.

—Querida Gloria —respondió la mujer con un tono que apuntaba al característico sentido del humor británico—, no es demasiado pronto para que te advirtamos sobre nuestro estimado Robert. No es mala persona. Es, simplemente, un hombre de escasa fiabilidad.

Gloria rio ante la ironía de su nueva compañera y preparada como estaba para salir de los despachos a la cafetería quedó sorprendida cuando vio que todos ellos se levantaban y tomaban el camino opuesto a la puerta. En su lugar, se adentraron en un pequeño habitáculo, formado por una de las alas del departamento donde había una barra con varios taburetes, una pequeña nevera y una mesa con una *kettle*, un microondas, un tarro de café instantáneo, otro con té, azúcar y una larga fila de tazas de colores colgadas en la pared. Phoebe y Brian se acomodaron sobre los taburetes. Myrna y ella permanecieron de pie mientras que Robert, con movimientos nerviosos, fue preparando los tés y los cafés a gusto de cada uno.

—Puedes utilizar la mesa primera a la izquierda —le ofreció Phoebe—. Nos sobra. El año pasado éramos uno más en el

departamento. Este año, con la falta de presupuesto no se ha contratado a nadie provisional. Todos los que estamos pertenecemos a la plantilla fija.

—Dios mediante —intervino Myrna.

—Bueno, no os preocupéis —afirmó Gloria intentando ser comedida.

—No, no es problema. En realidad, fue idea de Blanche —explicó Phoebe—. Creo que hoy no la podrás conocer. Tenía reunión de coordinación. Seguro que mañana sí la ves.

—No hay prisa. Vengo para unos meses —recordó Gloria.

—¿Y qué tal llevas la investigación de Nora Bale? ¿Vas muy avanzada? —preguntó Myrna curiosa.

—No va mal. Pero aún me queda bibliografía por consultar y luego, contrastar ciertas fuentes... —respondió Gloria, con la inseguridad del que sabe que las cosas no marchan tan bien como se están contando.

—Yo de Bale solo he leído *Un nuevo amanecer* —dijo Robert, interviniendo por primera vez en la conversación—. Es una novela muy interesante, novedosa.

—Sí, es la más conocida —informó Gloria.

—Bueno, y también la que en su día la condenó al ostracismo. Si no recuerdo mal, el libro terminó siendo repudiado, al igual que su autora.

—Sí. Ironías del destino. Ahora se considera su obra cumbre.

—Desde luego, desde luego —asintió Robert—. Eso ocurre tantas veces... —añadió con cierto misterio, como si hubiera querido continuar la frase y al final se hubiese arrepentido.

—En la biblioteca de la universidad vas a poder encontrar todas sus obras, sus relatos y también una colección de los artículos periodísticos, pero en la Fundación Bale es donde puedes encontrar el material inédito, cartas, todos sus escritos de prensa y reportajes —afirmó Phoebe.

—Sí, eso tengo entendido, que la Fundación se creó hace un par de años, cofinanciada por el Ayuntamiento —dijo Gloria.

—Fue un empecinamiento de su presidente, Mr. Adams, que es el actual concejal de Cultura. Parece ser que es un descendiente lejano de la propia Bale —le respondió.

—Ahora no puede dedicar mucho tiempo a su gestión debido a sus nuevas responsabilidades —apuntó Myrna—. Creo que es una chica, una tal Rose, la que trabaja allí de forma permanente.

—Hazle caso a Myrna —declaró Robert con una imprudencia nada británica—. Ella conoce muy bien a nuestro querido representante político, Mr. Adams —añadió con sonrisa pícaro.

—Como te ha comentado antes Phoebe, no debes dar crédito a nada que salga de la boca de Robert —repuso Myrna con cierto pudor.

—Bueno, me pasaré mañana o pasado. Ahora me gustaría visitar la biblioteca de la universidad y comprobar el material. Así podré hacer una relación más exacta de los datos y las fuentes que necesito para ir completando mi trabajo —informó Gloria.

—Estupendo. Si quieres hacemos un *tour* por el campus —se ofreció Robert—. Te enseño la biblioteca, la cafetería, que es donde solemos comer, el área de estudio y la hemeroteca.

—Muchísimas gracias. Eres muy amable.

—¡Mira, el que no se mueve de la silla! —repuso Phoebe, devolviéndole el golpe anterior.

—Estoy cumpliendo órdenes. Blanche me encomendó encarecidamente que tratara muy bien a la señora Bermúdez —adujo él pronunciando el apellido *Bermúdez* de un modo casi ininteligible.

—Ya, claro, claro... —le replicó ella, divertida.

En el intervalo de pocos minutos, Gloria y sus nuevos compañeros habían terminado sus cafés e infusiones y, paulatinamente, todos se fueron despidiendo, siendo Myrna la última en hacerlo.

—Bueno, Gloria. Te dejamos para que comiences ese fabuloso *tour* que Robert se ha ofrecido a liderar. Manda un SOS si lo ves necesario —declaró con sorna.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —le respondió sonriente—. Y gracias a todos por el recibimiento —añadió con cierta emoción.

—Hasta mañana —le contestó Myrna, volviendo también a su mesa para continuar con el trabajo.